

Recuerdo de Flores Galindo

Por Ricardo González Vigil

El cáncer acaba de arrebatarnos a uno de nuestros mejores compatriotas: el destacado historiador e intachable amigo Alberto Flores Galindo.

Hace pocas semanas hicimos una valoración apretada de su contribución a la cultura peruana, a propósito de la tercera edición ampliada de *La agonía de Mariátegui* y la aparición de la antología del Amauta (hecha en colaboración con Ricardo Portocarrero) *Invitación a la vida heroica*. Le debemos una docena de volúmenes de extraordinaria calidad sobre temas cruciales de nuestra trayectoria histórica (además de prólogos y de extensos estudios en obras colectivas -verbigracia la *Historia del Perú* editada por Mejía Baca, bajo la coordinación de Fernando Silva-Santisteban), sobresaliendo *Buscando un Inca: identidad y utopía andina*, *Aristocracia y plebe, Lima 1760-1830 y Apogeo y crisis de la República Aristocrática* (este último en coautoría con Manuel Burga).

También fue un animador de revistas (*Allpanchis*, *Márgenes*, etc.) y centros de investigación (Sur-Casa de Estudios del Socialismo etc.). Tuvo el raro don, además, de ser un maestro, verdadero motor de inquietudes, investigaciones, etc. en universidades como La Católica y San Marcos; es decir alguien que orienta y conduce con autoridad, y no un mero profesor aplicado o un expositor brillante. Pero un maestro al alcance de sus discípulos, abierto a la discrepancia, afable y sencillo: a la vez, amigo y maestro.

Sin duda alguna, era uno de nuestros historiadores más destacados. Probablemente el que hizo más aportes en los últimos quince años. Y he aquí que, cuando cabía esperar tanto de él, el cáncer vino a segar su fructífera existencia a la trunca edad de cuarenta años. Desgracia que confirma una aciaga tendencia que hace que fallezcan varios de los mejores exponentes de cada generación peruana antes de tiempo: apenas salidos de la adolescencia (Melgar o Heraud) o de la juventud (Valdelomar, Mariátegui o Sebastián Salazar Bondy); ¡el mismísimo Vallejo sólo vivió 46 años! ¡Cruel desperdicio en una patria tan necesitada de sus hijos con talento!

Pero abandonemos ya las frases sedudas, de balance y valoración (remítamos como complemento a nuestro artículo del 11 de marzo), con las que hemos preferido comenzar este homenaje para controlar nuestro corazón desbocado por la congoja.

Pasemos al recuerdo del amigo, de ese extraordinario ser que fue -tanto en el plano intelectual como en el moral- Flores Galindo. Tuvimos la suerte de frecuentarlo en un periodo espléndido: el de la adolescencia de estudiantes universitarios, vivida en el marco de la "década maravillosa", entre 1966 y 1970. Compartimos, con una amistad estrecha, esos años decisivos -en todos los aspectos- en nuestra formación.

Por eso, la amistad siempre brotaba intacta las veces que nos encontramos en los dos decenios siguientes, aunque nos hubieran distanciado nuestras ocupaciones diversas.

Porque "Tito" Flores Galindo siempre fue el mismo muchacho de 16 años que conocí en los primeros días de 1966, cuando coincidimos en el local de la Universidad Católica para iniciar nuestra inscripción como postulantes. Fue el primer amigo que hice en el ámbito universitario, ya que por la cercanía de los apellidos seguimos viéndonos en los trámites, la serie de seis pruebas de ingreso, el examen médico, la matrícula como cachimbos recién ingresados, los salones de clase en los dos primeros años de Letras...

Inteligente, muy culto (recuerdo que el día que lo conocí estaba leyendo uno de los breviaros del Fondo de Cultura Económica), tímido, sensible, pronto a la risa (en la que siempre preservó un no sé qué de nerviosismo adolescente) cuando el sarcasmo no iba dirigido contra él, "picón", preocupado por la injusticia y el sufrimiento de las mayorías, asombrosamente trabajador, entusiasta y con una sinceridad tan grande como su corazón. Así lo vi siempre. Así lo sigo viendo en mi proustiana travesía.

Su designio era ser historiador, pero con preparación sólida en todo el campo de las Humanidades y Ciencias Sociales. Por eso, en sus libros de los años 70 y 80 abogó por una visión integral de la sociedad y la historia, sin especializaciones empobrecedoras. Yo ya sabía que el eje de mi vocación era la Literatura, pero también dentro de una visión integral de la realidad. De ahí que en las primeras semanas universitarias él me pasó la voz para integrar un Seminario sobre Antropología Filosófica que debió dictar (nunca se concretó) Luis Felipe Guerra; y luego nos animamos para asistir a los seminarios del Instituto Riva-Agüero (del que Tito se alejaría en 1967, por su acercamiento a las ideas marxistas).

Entre 1966 y 1970 conversábamos en el patio de Letras frecuentemente con Manuel Migone (de Filosofía, el único que no era de nuestra promoción), Gustavo Benavides Rivas Plata (de Psicología e Historia de las Religiones; amigo de Tito desde niño en el barrio y el colegio "La Salle", cerca del cual residían entonces), Javier Prado (escritor de narración y teatro), Juan Biondi y Eduardo Zapata (ambos de Lingüística y Semiótica). No sólo festejamos cumpleaños y años nuevos, sino que aguardábamos con ansiedad las novedades del "boom" latinoamericano (Tito vibraba con Arguedas, Carpentier, Sábato y el Vargas Llosa de esos años) o de los cine-clubes (recuerdo su entusiasmo por *La batalla de Argelia* de Gilo Pontecorvo y *La jauría humana* de Arthur Penn).

De modo creciente, Tito iba frecuentando a estudiantes consagrados a la actividad política, en la medida que asumía la óptica marxista. Del grupo mencionado en el párrafo anterior, fui yo el que lo acompañé un poco entre 1967 y 1970 (organizamos un fervoroso Claustro Pleno, la FEPUC me encargó coordinar el grupo literario CIRLE, etc.), pero con muchas reservas ante las componendas políticas y

sin dejarme obnubilar por la sirena marxista. A Tito le chocaba lo borgiano que podían ser Migone y Benavides, el proyecto de Pardo de escribir como un "monje" flaubertiano lejos del "mundanal ruido", mi pasión por Joyce (llegó a cederme su ejemplar del *Ulises*, al decirle que estaba agotado en librerías) y los vanguardistas más herméticos, etc. Le correspondíamos ridiculizando a sus venerados Sartre, Malraux o Althusser.

Los pasos de Flores Galindo en la ruta del marxismo estaban a tono con esa "década maravillosa". Habría que recordar que las promociones de la U. Católica fueron en los años 60 pródigas en figuras de relieve en nuestra escena política. Seleccionando algunos nombres, consignaré que eran de nuestra promoción Manuel Dammert (compañero de colegio de Tito), Agustín Haya de la Torre y Javier Bedoya; ingresaron unos años antes o después, Alan García, Henry Pease, Javier Diez Canseco, Alberto Borea, Carlos Blancas, etc. Predominio de la llamada "Izquierda" y de la prédica -tan variopinta- marxista.

Lo admirable es que Flores Galindo nunca se prestó a las pequeñeces de los partidos y las consignas. Fue el socialista de mi generación (la denominada "Generación del 70") que mejor recogió las lecciones de Mariátegui sobre el marxismo como "creación heroica", "agonía" y "aventura inconclusa". Sus indagaciones sobre la utopía andina nos parecen la mejor prolongación de las intuiciones del Amauta sobre un socialismo idóneo al mundo andino. En él, el socialismo invitaba a reconocer la realidad, no a desfigurarla o tergiversarla con planteamientos "congelados" (sean leninistas, stalinistas, maoístas o lo que fueren). Sobre todo, en su dignísimo ejemplo el anhelo revolucionario ostentaba la grandeza moral (compromiso con las grandes mayorías, a favor de la vida, el amor y la esperanza, contra el egoísmo, la injusticia y la muerte) que inflamó a nuestras teas de ruptura: González Prada, Mariátegui, Vallejo y Arguedas. Por eso, aunque discrepemos de él en diversos puntos, leerlo nos enriquece en ideas y en ideales: sus libros quedarán como fuentes esclarecedoras del drama nacional.

Permaneces vivo en tus obras, Tito. Te embriagaste del quijotismo en "agonía" (en lucha contra el mal y la muerte) de Mariátegui, Vallejo y Arguedas, hasta revivirlos, respectivamente, en tu temprana muerte o en tus páginas con esperanza revolucionaria o en el desgarrador "Testamento político" que nos has legado consciente de tu inminente deceso. Escúchame al oído: resulta sublime el "quijotismo", pero inadecuado ayer y ahora. Ni el Quijote ni Sancho Panza (la masa alienada por los refranes milenarios y las promesas demagógicas o utópicas) ven la realidad como es, en toda su complejidad; tal la lección de Cervantes, favorable a un realismo relativista, tolerante y pragmático.